

Una misma realidad puede entenderse con dos binomios distintos: santidad objetiva-subjetiva, don y tarea, y los dos apuntan al misterio de la santidad de la Iglesia que camina en la historia entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios (LG 8). Requiere adentrarse en el *mysterium iniquitatis*, pero también en el de la cruz y la resurrección: en la redención obrada por la vida y el misterio pascual de Cristo. Por eso hace falta crear «un espacio» para el pecado dentro de la Iglesia, que sea a la vez realista y alejado de la protesta pública, de la sorpresa indignada y de la insensibilidad. «El desafío del momento presente consiste, por tanto, en transmitir, purificar e incrementar este tesoro de santidad que nos ha sido dado» (p. 411), concluye el autor con una mirada proyectada al futuro. Encontramos de esta forma en el presente estudio no sólo un detallado recorrido histórico por la santidad de y en la Iglesia, sino también una reflexión teológica en torno al misterio del mal y de la acción de Dios en Cristo y en su Iglesia.

Pablo BLANCO

P. RODRÍGUEZ, *La Iglesia: misterio y misión. Diez lecciones sobre la ecle-siología del Concilio Vaticano II*, Cristiandad, Madrid 2007, 377 pp., 13 x 20,5, ISBN 978-84-7057-526-6.

No abundan en el ámbito de lengua española las monografías dirigidas a profundizar y transmitir con claridad las grandes adquisiciones de la ecle-siología enraizada en el último Concilio. Éste es el género de este libro.

El título de la obra que presentamos es bien significativo para los que conocen la dedicación del autor a estas cuestiones. La Iglesia, en efecto, ha ocupado buena parte de sus investigaciones, docencia y publicaciones. La Iglesia en su ser y en su vida; es decir, como misterio enraizado en la Trinidad, y como misión permanente de la Trinidad al mundo en orden a la salvación.

El temario aparece distribuido en dos secciones correspondientes a las dos partes del título: la primera se centra en el Misterio de la Iglesia; la segunda en torno a la misión de la Iglesia. Todo ello precedido de una penetrante relectura de la *Ecclesiam suam*, primera encíclica de Pablo VI,

donde se plantean temas de gran calado para la eclesiología: la «conciencia» que la Iglesia tiene de sí misma, el sentido de la renovación y de la verdadera reforma en la Iglesia, su diálogo (apostólico) con el mundo, diversificado según las situaciones de las personas respecto a Dios y a la Iglesia (los católicos, los otros cristianos, los ateos, etc.).

La parte primera comienza por un capítulo dedicado a «el misterio del Pueblo de Dios». Presenta el método eclesiológico centrado en la noción «Pueblo de Dios», que la constitución *Lumen gentium* expone como sujeto histórico del Misterio de la Iglesia, pero que en los años setenta se elaboró sin tener en cuenta la perspectiva trinitaria, y por tanto, que ese Pueblo es Pueblo *del Padre*. Así lo habían apuntado inmediatamente después del Concilio autores como F. Mussner y M. Schmaus. Pedro Rodríguez califica esa noción —Pueblo de Dios como Pueblo del Padre— de «fontal» en una sistemática eclesiológica. La relaciona con la próxima de *Familia de Dios* (cfr. GS 40/b), de modo que esa familia del Padre es la convocada (*ekklesia*) por la Fe y los Sacramentos como Cuerpo de Cristo.

En la lección segunda se aborda lo que el autor denomina «definición esencial» o la «esencia íntima» de la Iglesia, es decir, la *Communio*. Lo hace desde las imágenes bíblicas de Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo, y teniendo en cuenta las ideas eclesiológicas de Agustín y Tomás de Aquino. Llega a esta definición: «La Iglesia es el misterio de la comunión de los hombres con Dios y entre sí por Cristo en el Espíritu Santo» (p. 103). Ahora bien, ese misterio de comunión se presenta en el tiempo y en la historia con una determinada «estructura fundamental» que puede comprenderse desde la participación que la Iglesia tiene del sacerdocio de Cristo en dos modalidades: sacerdocio común y sacerdocio ministerial (lección 3). La comunidad sacerdotal que es la Iglesia está, pues, «orgánicamente estructurada» (cfr. LG 11), y en cuanto Cuerpo de Cristo tiene una Cabeza visible en la tierra: el Sucesor de Pedro (lección 4, en perspectiva ecuménica).

Ya en la segunda parte, y por tanto en la perspectiva de la misión de la Iglesia, la lección 5 expone la dimensión eclesial de la salvación. La estructura de la Iglesia la capacita para servir de «signo e instrumento de salvación» (*sacramentum salutis*: LG 1) por su unión a Cristo. Es decir, para su doble función o misión: función reveladora de la verdad que sal-

va y función eficiente de esa salvación, en cuanto que entrega los bienes que salvan (doctrina, culto y vida: cfr. LG 9). *Dei Verbum* habla de «verdad y gracia». *Sacrosanctum concilium* utilizará dos verbos: anunciar y a la vez realizar la salvación (cfr. n. 6). *Gaudium et spes* lo expresa en términos dinámicos: la Iglesia manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre. En una sola palabra lo dirá *Evangelii nuntiandi* (1975): evangelizar. Ésa es la tarea fundamental de la Iglesia, así significa y coopera eficientemente a la salvación obrada por Cristo con la fuerza del Espíritu Santo: por medio de la predicación de la palabra y la celebración de los sacramentos.

A esos dos grandes «medios» salvíficos, la palabra y los sacramentos, se dedican las dos lecciones siguientes. La lección 6 sitúa el culto (en torno a la Eucaristía) como elemento primordial y central de la misión. Se trata de adorar a Dios, participando de la ofrenda de Cristo y uniendo a él la existencia cristiana. El culto cristiano no termina en la celebración dentro del templo, sino que se abre a la existencia cotidiana para convertirla desde dentro en alabanza a Dios. Éste es el sentido último del culto eucarístico que comunica al cristiano la vida de Cristo y la dinámica de su entrega. Notemos que es éste un tema clave en el momento actual de la teología y del vivir cristiano, pues se trata, nada menos, que de dotar de sentido la existencia humana y la marcha del mundo, en un tiempo en que se entrecruzan una extendida y difusa nostalgia por lo sagrado y —en ambientes materialistas y relativistas— una prevención ante la religión.

La lección 7 aborda la predicación de los Pastores y más en concreto la responsabilidad de los Obispos, particularmente en lo que se refiere a la aplicación del Concilio Vaticano II. Arrancando de la percepción que tenía Pablo VI en los años setenta (exhortaciones *Quinque iam anni* y *Evangelii nuntiandi*), Pedro Rodríguez entiende que el foco central del Concilio y de las ambigüedades del periodo postconciliar se encuentra en el doble eje de la libertad y de la verdad. La Iglesia se comprometía en la predicación del Evangelio apelando a la libertad, pero la libertad auténtica es inseparable de la responsabilidad. Sin embargo, nuestro autor se pregunta si lo que sucedió no fue, demasiadas veces, «una insolente explosión de adolescencia» (p. 234), con desaparición de la responsabilidad personal en amplios sectores de la comunidad católi-

ca, incluyendo Pastores y fieles. Pablo VI, ya en 1970, apostaba por un mayor desarrollo del primado de la verdad.

De ahí surge para los Pastores una gran responsabilidad en la predicación de la doctrina de la fe (*munus* profético), con la imprescindible colaboración de la tarea teológica, en el doble sentido de la teología que elaboran los teólogos y la propia formación teológica del Obispo y sus colaboradores. Así pueden llevar a cabo su tarea: «predicar valientemente *toda* la verdad, sin disminuirla por cobardía o por táctica; y, a la vez, no consentir una “mayoración” de la ortodoxia, a la que propenden un falso integrismo y algunas personas de buena voluntad pero ignorantes en teología» (p. 237). Los Pastores deben explicitar los aspectos esenciales de la Palabra de Dios —aunque sean incómodos a ciertos oídos acomodaticios—, sin esperar el aplauso o la alabanza. Se comprende, según el profesor Rodríguez, cómo «se impone una gran cautela a la hora de manejar el binomio conservador-progresista, y qué necesario es el rigor teológico y la formación histórica» (p. 255).

Con la Eucaristía y la Palabra los cristianos —y no sólo los Pastores—, especialmente los fieles laicos, pueden afrontar su responsabilidad por el mundo. Es el tema de la lección 8. Cuando estamos celebrando el vigésimo aniversario de la exhortación *Christifideles laici* (1988), cabe detenerse algo más en este tema. Para comprender en profundidad la perspectiva «católica» de la secularidad, es preciso captar —desde la unidad del misterio de Cristo— las relaciones entre la creación y la redención, la naturaleza y la gracia («la gracia no destruye la naturaleza, sino que la sana y eleva»). Esto lo hicieron con su vida y su palabra, antes que algunos teólogos contemporáneos, figuras como San Josemaría Escrivá de Balaguer, de quien dijo Juan Pablo II, poco después de ser elegido Papa, que había anticipado la teología del laicado del Concilio (cfr. LG 31) y del postconcilio.

La llamada universal a la santidad asume todo el valor del trabajo secular humano en el contexto de la vocación divina, pero no identifica esa vocación con el trabajo sin más, sino con la «santificación del trabajo». Es decir, como misión —la tarea de transformar la sociedad con los criterios del Evangelio— que el cristiano recibe a partir del Bautismo. Una misión que implica el discernimiento y la valentía para proclamar la verdad sobre el respeto a la vida humana, la naturaleza del matrimonio, el dere-

cho a la libertad religiosa, etc. Aquí se ponen en juego tanto la responsabilidad personal de quien procura «amar al mundo apasionadamente» —por utilizar los términos de San Josemaría— como el legítimo pluralismo existente en el Pueblo de Dios, junto con la fidelidad al Magisterio de la Iglesia. Sin nostalgias de tiempos pasados, piensa el prof. Rodríguez que los cristianos no pueden renunciar a una interna cristianización de las estructuras sociales: esto equivaldría a renunciar a la dimensión pública y social del Evangelio, consecuencia insoslayable de la Encarnación.

Este tema se complementa con las dos últimas lecciones. La lección 9 (Pastores y laicos en la vida pública, guiados por la Doctrina social de la Iglesia) expone que es toda la comunidad cristiana, la Iglesia —compuesta por Pastores, religiosos y laicos—, la responsable de la «instauración cristiana del orden temporal», si bien esta tarea corresponde especialmente a los fieles laicos por su propia vocación y misión. La función de los Pastores consiste en formar a los fieles en la Doctrina social de la Iglesia y emitir juicios morales sobre cuestiones de orden político-social cuando sea necesario. Entre los Pastores y los fieles laicos debe existir un espíritu de colaboración y diálogo.

En la lección 10 (actitudes de los no cristianos ante Cristo), el autor sostiene que las actitudes ante Jesús que aparecen en el Nuevo Testamento (receptivas, de rechazo, de acogida en la fe) se siguen dando hoy, en modos diferentes. La actitud de fe sigue implicando el reconocimiento de Cristo atestiguado por las Escrituras y anunciado por la Iglesia, si bien dentro de esta actitud caben diversidades, según los dones de la gracia y las culturas, sin por ello romper la unidad de la fe. Por otra parte está la actitud ilustrada, receptiva sólo en apariencia, pues quiso despojar a Jesús de su misterio, y reducirlo a una figura humana ejemplar. La actitud de rechazo está representada por las instancias neomarxistas y laicistas postcristianas y anticristianas. Con la decadencia del ateísmo dogmático, cabe la esperanza del encuentro con Cristo, lo que implica la crítica a la propia cultura con la ayuda de la gracia.

El epílogo del libro plantea qué es teológicamente «ser una persona normal». Es una apelación a recuperar el clima de los primeros cristianos, que proponían con toda «normalidad» el misterio de Cristo a sus conciudadanos.

* * *

La eclesiología tiene por delante una tarea de sistematización que está lejos de haberse logrado. A esa dificultad contribuye no poco la amplitud de temáticas que abarca. Esto hace el estudio más interesante y comprometido. Muchos de esos temas, que no están tratados explícitamente en este libro, los ha desarrollado el autor, o comenzado a desarrollar, en otros trabajos.

Un tema que sin duda merece destacarse es la profundización actual de la Pneumatología, que va impregnando los diversos apartados del tratado eclesiológico. Esto pide un estudio de la Iglesia como Templo del Espíritu Santo, y una investigación del lugar de los carismas en la estructura de la Iglesia, por citar sólo dos aspectos en los que ha incidido el profesor Rodríguez con notable perspicacia. Otros desarrollos y orientaciones sobre la identidad teológica del laico, la relación entre Iglesia universal e Iglesias particulares, Eucaristía e Iglesia, ministerio y comunidad, etc., pueden encontrarse, como decimos, en la obra eclesiológica de Pedro Rodríguez. El libro que presentamos ahora es un eslabón más de ese buen quehacer teológico, digno de un maestro.

Ramiro PELLITERO